Jack X.
Faber



Los inicios de Tom

Los comienzos de Tom

von Jack Faber © 2022

Thomas creció en un suburbio de Viena; nada indicaba que fuera especial. Le gustaba la escuela y tenía algunos amigos. Estudiaban y jugaban juntos. Todos iban al mismo instituto, y Thomas era un alumno excelente. En definitiva, tuvo una infancia despreocupada y quería mucho a sus padres. Su madre se encargaba de la casa y su padre trabajaba como alto directivo en una gran empresa naviera internacional. A los doce años, recibió su primer teléfono móvil, y todos sus compañeros lo envidiaban, pero al final, todos tenían uno.

Alrededor de los nueve años, comenzó a descubrir gradualmente su don. Al tocar la mano de su madre, podía ver sus pensamientos, sus recuerdos como en una película. Guardó este descubrimiento para sí mismo. Fue una experiencia muy intensa; no lograba comprenderla del todo. Cada vez con más frecuencia, conseguía que realizara pequeños y extraños actos que ella jamás haría por sí sola. Cuando, a los diez años, logró que comprara un paquete de cigarrillos, y ella se mostró desconcertada, ya que nadie en la familia fumaba, pero recordaba vagamente su tarea, el niño se dio cuenta de la necesidad de ordenarle que "olvidara" para poner fin a sus manipulaciones. Los actos sexuales afloraban con frecuencia en sus pensamientos, los cuales él solo pudo categorizar y comprender con el tiempo. Curioso por todo lo relacionado con el sexo, absorbía todo lo que sus recuerdos tocaban el tema. Pronto supo todo sobre el sexo, las felaciones y la teoría de la masturbación femenina a partir de las imágenes, ya que ella se masturbaba casi todas las mañanas frente al espejo del dormitorio. Ella lo recordaba todo, y Tom lo observaba todo con excitación y curiosidad. Tom, el descarado, la observaba indirectamente masturbándose frente al espejo del dormitorio cada mañana, y la hacía hacerlo de pie, sentada o acostada al día siguiente. Le gustaba especialmente ordenarle que se sentara muy cerca del espejo con las piernas bien abiertas, porque quería ver sus genitales y el acto de masturbación de cerca. No se conformaba; los detalles cruciales estaban demasiado lejos. Sin embargo, la observó masturbarse frente al espejo del dormitorio durante semanas hasta que todo cambió. Pronto aprendió

a hipnotizarla, a controlarla mentalmente y a conseguir que revelara todos sus secretos sexuales con detalle y hablara con libertad y franqueza, sin vacilación ni vergüenza. Ella se sentía obligada a recordar todos los detalles sexuales y a dejar que él los viera. Cada vez, él profundizaba más en sus pensamientos, intentando influir en ella aún más mentalmente, para que obedeciera sus órdenes. Se fue volviendo cada vez más hábil en el uso de su nuevo don y comenzó a escuchar a escondidas las conversaciones de sus padres sobre su sexualidad, un tema que preocupaba al niño de 10 años.

El padre era mucho más fácil de manipular que la madre. Escuchaba a escondidas a su viejo. El padre era un sapo feo; se acostaba con todas las jóvenes internas y araba los surcos de las vírgenes, sembrando su semilla sin pensarlo dos veces. A veces la madre escuchaba y se secaba las lágrimas. Sabía desde hacía mucho tiempo que él araba los surcos de las jóvenes, en su mayoría menores de edad o vírgenes, y desperdiciaba imprudentemente su virilidad. En aquel momento se indignó terriblemente e inmediatamente tomó represalias. Tom sonsacó *a la madre cada indiscreción, cada aventura y cada encuentro de una noche;* ella le contaba todo sin dudar ni avergonzarse. La mayoría de sus aventuras terminaban porque ella y su amante eran sorprendidos en el acto. Tom ahora podía entender de repente las miradas de desaprobación que algunas vecinas le dirigían. Un día, en trance, ella le contó sobre su primera aventura.

Llevaba apenas unas semanas casada, había entrado al matrimonio virgen y no sabía nada de sexo. Sí, confirmó, nunca se había tocado indebidamente hasta entonces; no tenía ni idea de para qué servía el clítoris. Fue a un evento con el mago e hipnotizador Magnus. Él quedó instantáneamente cautivado por su belleza; la llamó al escenario para gastarle bromas al público. La hechizó al instante, y ella lo siguió ciegamente hasta su habitación de hotel. El romance duró solo una semana. Cada mañana al amanecer, conducía a casa, se acostaba junto a su marido y le permitía tener relaciones sexuales con ella hasta que él se agotaba. Por las noches, conducía hasta donde estaba su mago y, en trance, le permitía tener relaciones sexuales con ella hasta que él se agotaba. No podía decir si había sido su marido o el astuto mago quien la había embarazado. Desde ese día, Tom estaba convencido de que el mago era su padre; eso explicaba su talento especial.

En cualquier caso, su madre también era una desgraciada que le devolvía a su marido el doble y el triple por arar los surcos recién plantados.

Tom, de doce años, por supuesto, había notado que ella se ponía bastante inquieta y nerviosa mientras contaba su historia, y especialmente cuando él le hacía muchas preguntas inquisitivas. Solo a través de estas preguntas su memoria cobraba vida, permitiéndole ver todo lo que pasaba por su mente. En un profundo trance, ella relataba los detalles sexuales, presionando sus manos contra sus genitales bajo la falda, y él le preguntó por qué. Ella susurró que siempre se excitaba terriblemente mientras contaba sus historias y que lo necesitaba ahora mismo, ¡urgentemente! Antes de la aventura, nunca se había tocado de forma inapropiada; con el mago, era la primera vez. El mago, Magnus, le había enseñado a masturbarse y la hacía hacerlo cada vez después del sexo. Desde entonces, lo necesitaba a diario cada vez que se excitaba. Lo cual ocurría muy a menudo, rió tímidamente. Al principio, su padre la observaba masturbarse porque lo excitaba, y podía tener sexo con ella de nuevo inmediatamente después de su orgasmo. Pero pronto perdió su atractivo. Durante muchos años, su padre se había mostrado indiferente ante el hecho de que ella se masturbara todas las noches antes de dormirse.

Tom sintió mucha curiosidad por la masturbación y le ordenó que lo hiciera de inmediato. Ella se desnudó rápidamente y lo hizo como siempre. Los ojos de Tom se salieron de sus órbitas; nunca la había visto desnuda de cerca, ¡y ahora lo hacía sin ninguna vacilación ni vergüenza justo delante de él! La observó atentamente mientras se daba placer. Se inclinó y contempló su clítoris mientras ella lo estimulaba con mayor destreza, llevándolo al clímax. Abrió la boca en un grito silencioso y presionó sus dedos contra su clítoris palpitante mientras el orgasmo hacía que su cuerpo inferior palpitara violentamente. Se desplomó sobre su pecho y recuperó el aliento lentamente. ¡Era fascinante!

Cuando terminó, también lo desnudó y tomó su pene rígido y erecto. Él solo se había masturbado en secreto y nunca había llegado al orgasmo. Ella le había preguntado, y él había dicho que nunca. Pero llevaba varias semanas despertándose todas las noches porque

eyaculaba espontáneamente. “¡Oh, qué dulce es!”, exclamó, girándolo de un lado a otro en su mano. “¡Y ya es tan grande! ¡Y lo necesitas tanto, pobrecito!”, susurró, levantándolo a horcajadas sobre sus muslos. “Está duro como una roca, ¡debes venirte muy rápido! ¡Déjame hacerlo!” La hermosa mujer de 32 años colocó las manos de Tom sobre sus pechos, agarró su erección y, con una mano, le hizo un favor, llevándolo al orgasmo. Sonrió con tristeza mientras su semen se esparcía por todas partes durante su erección y se untaba en su vulva. “Oh, mi pobre chico, lo necesitas de nuevo, ¡sigue completamente duro! ¡Seguro que querrás correrte otra vez!” susurró suavemente después de un rato, y Tom asintió con entusiasmo. Sonriendo, lo hizo de nuevo, limpiando el chorro incontrolable de semen sobre su cuerpo. Estaba un poco molesta porque su semen roció en ricos chorros sobre sus pechos, estómago y su coño. Verla masturbarse y eyacular siempre lo excitaba de nuevo, así que lo hizo con él y consigo misma con puro y lujurioso placer. Fue una tarde maravillosa; se turnaron para complacerlo a él y a sí misma hasta que quedaron exhaustos. Entonces él la dejó olvidar todo y la sacó de su trance.

Al día siguiente, la sumió de nuevo en un profundo trance y quiso repetirlo. Pero ella no quería hacerlo de nuevo con la mano y rociar su semen por todas partes, dijo con firmeza. Él tuvo que volver a sentarse a horcajadas sobre sus muslos, y ella introdujo la punta de su pene en su vagina. «Para que no se esparza por todas partes», murmuró, «¡ahí es donde pertenece el semen!». Él tuvo que permanecer completamente quieto, y ella lo meció de un lado a otro sobre sus muslos, solo la punta de su pene entrando y saliendo lentamente. Antes de que él se masturbara, ella susurró que no debía desperdiciarse ni una sola gota y que quería que las gotas desaparecieran dentro de ella. Pero él se retorció inquieto al eyacular y volvió a esparcir su semen indiscriminadamente. Cada vez, ella sacudía la cabeza con desesperación por el desperdicio. Tenía que empujarlo profundamente durante el clímax, dijo, para que nada se perdiera.

A Tom le encantaba agarrar sus hermosos pechos; eran firmes y redondos, y aumentaban su excitación. Y, por supuesto, era celestial dejar que ella lo empujara profundamente dentro de ella hasta que él se corriera. “Es asombroso”, susurró ella, “¡tan increíblemente asombroso!” mientras deslizaba lentamente su glande hacia adentro y ha-

cia afuera mientras se masturbaba. Solo dejaba entrar la cabeza de su pene y dejaba que su tronco rozara su clítoris, lo que la volvía loca. Por lo general, estaba en su punto máximo de excitación cuando él se corría. Lo empujaba lo más profundo posible para que no se desperdiciara ni una sola gota de su eyaculación. Allí permanecía inmóvil después de su clímax, mientras ella se daba placer de nuevo, impulsada por su propia lujuria. Por lo general, estaba tan excitada que solo le tomaba unos segundos alcanzar el orgasmo. Él apoyó su cabeza en sus pechos y escuchó su respiración y los latidos de su corazón. Cuando escuchó su corazón acelerarse durante su clímax y sintió el temblor en la parte baja de su abdomen, se excitó completamente una vez más. Esperó a que se calmara y luego lo apartó un poco, dejando que rebotara contra sus muslos de nuevo. Al principio, solo dejó que la punta de su pene lo penetrara mientras rebotaba, y solo cuando eyaculó lo empujó completamente, tan profundo como pudo llegar. ¡No se desperdiciaría ni una gota! Continuaron hasta quedar exhaustos. Ni él ni ella eran conscientes de haber hecho nada malo, ya que después de despertar del trance, ella realmente no recordaba nada en absoluto. Y lo siguió haciendo en trance porque a menudo había fantaseado con ser follada por él mientras se masturbaba. No había tenido una aventura en mucho tiempo, y su padre solo araba los surcos de la virginidad. Ella estaba muy triste por esto, también porque las chicas a menudo todavía eran menores de edad y vírgenes. A su padre le encantaba embrujar y desflorar vírgenes. Pero a pesar de sus diferentes sexualidades, ambos padres se amaban con todo su corazón.

Tom a menudo sentía la tentación de follarla como es debido, y ella sin duda lo habría permitido en su trance, pero la mano de un dios benevolente siempre le impedía moverse indebidamente y deshonrarla. Sin embargo, no pudo resistir la tentación una vez que ella dejó de moverse sobre él y comenzó a tener un orgasmo. Se sorprendió mucho la primera vez y comenzó a follarla con fuerza mientras ella temblaba y se estremecía. Ella no se resistió en absoluto y se frotó el clítoris furiosamente con lujuria. Él eyaculó con júbilo mientras el temblor de la parte inferior de su cuerpo se volvía muy intenso y permaneció profundamente dentro de ella hasta que se calmó por completo.

Cuando él la interrogó más tarde en trance, ella lo supo, por supuesto, y se rió, diciendo que era perfectamente normal y que no debía avergonzarse. Ni él ni ella creían estar haciendo nada malo. Así que él se contuvo cada vez menos; a ella le pareció perfectamente bien. En cualquier caso, era mucho más intenso que mecerse, y a ella también le gustaba más. Pero lo que no quería hacer bajo ningún concepto era acostarse. Sentarse, afirmaba, no era tan pecaminoso como acostarse. En realidad, quería que su clítoris fuera estimulado cuando él la penetrara desde arriba. Así que permaneció en la encimera de la cocina, escenario de muchos pecados. Él se sentó sobre sus muslos, le sujetó los hermosos pechos con ambas manos y tuvo que introducir su pene desde arriba; normalmente, ella lo guiaba con la mano. Esto estimulaba su clítoris, y ella se frotaba con fuerza, intentando explotar antes de llegar al orgasmo. Después de eyacular, él permaneció profundamente dentro de ella, completamente rígido, esperando hasta que sus temblores y espasmos cesaran y se calmara. Entonces pudo volver a follarla hasta eyacular suficientes veces. Sin duda, se sintió muy aliviado de que ella no recordara nada después del trance.

En trance, ella accedió a todo. Incluso a su postura preferida. Tenía que sentarse en la encimera de la cocina, subir las piernas en cuclillas y apoyarse sobre las plantas de los pies a los lados, de modo que quedara sentada con las piernas bien abiertas frente a él. Él se arrodilló frente a ella, separó sus labios vaginales con ambas manos para que su clítoris y vulva quedaran claramente visibles. Observó de cerca su dedo, que rápidamente estimuló y frotó su clítoris. Su orgasmo era inminente; su vulva comenzó a palpitar. Entonces él la montó inmediatamente y la penetró tan rápido como pudo. De esta manera, solía eyacular justo en medio de su orgasmo o poco después. Ella dejó escapar un suave gemido, porque eyacular durante su orgasmo también era increíblemente excitante para ella.

Solo recordaba que cada tarde él entraba desnudo a la cocina con una erección, que ella le tomaba el pene y lo sostenía durante una hora, mirándolo fijamente. Nunca recordaba el trance ni lo que sucedió durante él, y cuando recuperó la consciencia, sostenía su pene flácido en la mano. Palpó el pene blando durante un buen rato, le retrajo el prepucio por completo y estaba segura de que había eyaculado. Sos-

pechaba en secreto que le había hecho una paja, ya que su pene ahora parecía completamente flácido y desinflado, pero no recordaba haberlo hecho.

Lo necesitaba ahora, inmediatamente. Una repentina oleada de lujuria la invadió, aferrándose a ella con fuerza. Se dejó caer sobre la encimera de la cocina, su falda y sus bragas cayeron al suelo, y lo atrajo hacia ella por su pene. No podía masturbarse delante de él; su vergüenza se lo dictaba, solo podía tocarse a sí misma. Suave pero firmemente, se tocó, cerrando los ojos. Su pene estaba frente a su rostro, rozando sus labios. A menudo había tenido el pene de su marido en la boca, pero esta era la primera vez que era el del mago, cuyo pene tenía que tomar cuando él la obligaba a masturbarse. Curiosamente, Tom le recordaba cada vez más al mago; él también tenía un pene grande como el de Tom, uno que no se encogía instantáneamente después de la eyaculación como el pequeño de su padre. Fantaseando, se acarició, abrió los labios y dejó que el pene del mago se deslizara en su boca. Su orgasmo llegó más rápido de lo habitual; lamió y succionó su placer. El mago. Había regresado. Ella chupó y lamió el pene del mago hasta que salió de su fantasía. De nuevo, notó que el rostro y la complexión de Tom se parecían más al mago que a su padre. Tom sonrió extasiado mientras ella le frotaba el pene con firmeza y él se estremeció. Ya no podía eyacular; solo unas pocas gotas cayeron en su boca, sobre su lengua, y ella chupó y lamió cada gota con deleite. Se detuvo de repente y sacó su pene de su boca con asco. Vergüenza. Fantasía prohibida. Lamido indecente. Más tarde, no tuvo muchos reparos en tomar su pene en su boca y dejar que eyaculara dentro, y a Tom le encantaba este tipo de masturbación con eyaculación en su boca.

Cuando él volvió a entrar en la cocina, desnudo y con el pene erecto, ella le preguntó antes de que pudiera siquiera hipnotizarla. Atónito, él tartamudeó y confirmó su sospecha. Sí, masturbación manual. ¿Acaso no recordaba que él había eyaculado en su boca? Antes de que él pudiera hipnotizarla, ella, completamente consciente, le hizo una masturbación manual tras otra y lo dejó eyacular en su boca hasta que su pene se ablandó. Él se fue a su habitación sin decir palabra, ella cerró la puerta y se subió a la encimera de la cocina. Como de costumbre, se agachó, metió la mano debajo de su falda y bragas, y se

masturbó salvajemente, fantaseando con el pene eyaculando de Tom en su boca. Solía masturbarse por la mañana frente al espejo del dormitorio y luego de nuevo por la tarde en la encimera de la cocina, una vez que las tareas estaban hechas y la lujuria se colaba bajo sus bragas.

Ella le hacía una paja cada vez, a menos que él la hipnotizara primero y le permitiera eyacular en su boca al final. Entonces se quitaba las bragas, ponía una pierna sobre la encimera de la cocina y se subía un poco la falda, por encima de las caderas. Apartaba el vello púbico y separaba brevemente los labios vaginales para que Tom pudiera ver bien su clítoris y su vulva. Le susurraba que solo mirara, que no pasaba nada, que a todos los hombres les gustaba eso. A menudo se tocaba a sí misma sin pudor alguno mientras le hacía pajas, pero no se masturbaba. Como solía tocarse durante demasiado tiempo, tenía que dejar que su orgasmo llegara en secreto y ocultárselo. Él fingía no darse cuenta. A ella le parecía bien, pero nunca se desnudaba del todo delante de él ni le dejaba verla masturbarse, ¡ni hablar! Su vergüenza simplemente no se lo permitía, porque no estaba hipnotizada. Se inclinaba hacia adelante y le tomaba el pene con la boca, como solía hacer cuando no estaba hipnotizada. Superó su conciencia culpable; ¡después de todo, le había permitido eyacular en su boca tantas veces! Cuando él se fue, ella se subió a la encimera de la cocina y se puso en cuclillas.

Al final del curso escolar, sus padres fueron a Copenhague para una conferencia. A él aún le quedaba una semana de clases y estaba feliz de pasar las dos semanas con su abuela. Su madre, de 33 años, le había susurrado que esperaba volver a tener relaciones sexuales con su padre, y él asintió. «Eso sería estupendo», susurró el chico de 13 años. Su abuela era en realidad su bisabuela; su abuela había fallecido después del nacimiento de su madre. Para simplificar, la llamaban Abuela, Abuela o Lena. Tenía poco más de setenta años, era una acumuladora compulsiva y recibía la comida y la cena a domicilio de un hotel. Había sobrevivido a la guerra gracias a su belleza y después se había ganado la vida como prostituta. Nunca quiso verse a sí misma como tal; vivía únicamente de sus admiradores y nunca trabajó en la calle. Había ahorrado una considerable fortuna y ahora vivía de ella, ya que no recibía pensión.

Por mucho que lo hubiera intentado antes, Lena no podía ser hipnotizada, resistiéndose a cada intento de control mental. La primera noche, se acostaron desnudos. Ella agitó la mano con vehemencia; ¡no necesitaba pijama, uno siempre dormía desnudo, punto! Punto era una de sus palabras favoritas. Nunca antes había dormido junto a un hombre vestido, ¡y punto! Solo había una cama pequeña y un juego de sábanas para los dos. Él estudió atentamente su cuerpo esbelto y envejecido mientras yacía desnudo sobre la colcha y la observaba desvestirse. Ella se quedó desnuda frente a él por unos instantes, colocando un pie en la cama de manera que su zona púbica apuntara descaradamente hacia él, y murmuró con una sonrisa que podía mirarla, a la anciana, ¡con placer! Todo en ella estaba arrugado; era muy esbelta y bien formada, solo sus pequeños, arrugados y redondeados senos con sus pezones extrañamente grandes ya estaban caídos. Casi no le quedaba vello púbico, y él pudo ver la hendidura y la abertura con bastante claridad. Su clítoris le pareció muy grande; prácticamente sobresalía de sus labios. Ella se acarició la vulva varias veces con la mano, separando sus labios hasta que su clítoris quedó claramente visible. Tiró con fuerza de él varias veces, haciéndolo aún más grande. «Al menos sigue siendo bastante grande», murmuró con un guiño, y tiró de él hasta que se puso completamente erecto. Lo dejó mirarlo durante un buen rato y sonrió con picardía al verlo excitarse mientras ella lo contemplaba. Se acostó a su lado, los cubrió a ambos con la manta y apagó la luz.

Era inusual que Tom estuviera acostado en la cama con alguien abrazado. Estaban acurrucados uno al lado del otro sobre la misma almohada, bajo el mismo edredón. Ella tenía un brazo bajo su cuello y la otra mano sobre su muslo, justo al lado de su pene. Se apretó contra su cuerpo; la cama era realmente muy pequeña. Tom esperó a que ella se durmiera y se masturbó. Le excitaba ver cómo su mano se deslizaba gradualmente hacia su escroto y su pene; lo enloquecía de deseo. Su mano descansaba sobre su pene mientras él se masturbaba lenta y deliberadamente para no despertarla. Después de eyacular, ella lo abrazó con cariño, lo besó en la frente y murmuró: “¡Eso está bien, eso es perfecto!”, y lo sostuvo en un abrazo cercano y afectuoso. Tocó su pene húmedo y acarició su erección de una manera excitante, como si se estuviera masturbando. Sintió su amorosa calidez en su corazón y se alegró de que ella aceptara su masturbación con tanta

naturalidad y espontaneidad. Lo necesitaba de nuevo inmediatamente y se masturbó una vez más, porque siempre tenía que eyacular varias veces seguidas. Ella se apretó contra él, frotando su clítoris rígido firmemente contra su muslo. Lo abrazó con ternura y sostuvo su pene en su mano. No pareció molestarle que él eyaculara sobre su cuerpo. Acarició su erección empapada de semen como si quisiera masturbarlo, hasta que él se masturbó de nuevo. Frotó el semen en su estómago y se acurrucó muy cerca de él. Acarició su erección con tanta excitación que después de unos minutos él se masturbó de nuevo. Solo después de la cuarta eyaculación su pene se ablandó; ella continuó frotando su clítoris contra su muslo durante un buen rato mientras él se dormía. Ella tembló en silencio, su clítoris se ablandó por completo y ella también se durmió.

Se despertó por la mañana porque Lena estaba jugando con su erección. "¿Debería?", preguntó ella, y él asintió con un nudo en la garganta. Ella dejó que la manta se deslizara al suelo, se sentó con las piernas cruzadas frente a él para que tuviera que mirar su hendidura abierta, y le hizo una gran paja. Él no la miró a los ojos mientras tomaba su café matutino. Solo había café y cigarrillos, pero él no fumaba a menudo por aquel entonces y era bastante torpe en esa etapa. ¿Cuántos años tenía? ¿14? ¿15? ¿O ya 16? Asintió y permaneció en silencio; solo tenía 13 años y medio.

Después de la escuela, comieron la comida que les había traído el hotel. Ella encendió un cigarrillo después de la comida y miró fijamente su bragueta, que estaba enormemente abultada. Sonrió con picardía y asintió animándolo: "¡Quítate la ropa!", le ordenó con una amplia sonrisa, "¡Vamos!". Él se quitó la ropa y Lena le hizo una paja de pie. Él tuvo que eyacular en la palma de su mano. Era increíblemente buena en eso; tenía mucha más experiencia que su madre. Le hizo cientos de pajas hasta el fin de semana, de pie en la cocina a la hora del almuerzo o acostada en la cama por la tarde, a veces hasta altas horas de la noche. Obviamente disfrutaba presionándose contra él, frotando su pene y dejando que él rociara su semen por todo su cuerpo desnudo.

El viernes, a última hora de la tarde de su último día de clases, mientras yacían desnudos en la cama como todos los días, ya que

usaban la tarde y la noche para jugar con su pene, ella le preguntó si quería mirar. Acarició su erección y dijo que la gente mayor no es tan cachonda como la joven, pero que ella estaba muy cachonda en ese momento. Tom la miró con curiosidad; ¿a dónde iba todo esto? Dijo que antes lo necesitaba al menos una vez al día, pero con la edad, solo una vez a la semana. ¡Y lo necesitaba ahora mismo! "Estoy increíblemente cachonda", susurró suavemente, apretando su pene con más fuerza, "¡Tengo que satisfacerme ahora mismo antes de ocuparnos de tu pequeño!"

Tragó saliva y asintió, con un nudo en la garganta. Conocía muy bien la excitación femenina y la intensidad con la que una mujer sentía el impulso de darse placer. Volvió a asentir, sabiendo lo que venía. Ella tiró la manta al suelo y separó las piernas. "¡Ahora, acuéstate ahí!", le ordenó, y él se colocó entre sus piernas, con la cara frente a su hendidura. La observó atentamente mientras ella se tocaba lentamente. Tenía labios menores pequeños y una abertura diminuta, pero un clítoris bastante grande. ¿O solo le parecía así? Se masturbaba igual que su madre, acariciándose, jugueteando y frotándose el clítoris deliberadamente. Gimió suavemente y jadeó con delicadeza mientras se frotaba cada vez más rápido, experimentando un orgasmo suave y discreto. Susurró que lo necesitaba de nuevo y continuó masturbándose sin parar. Con una mano presionó la piel alrededor de su clítoris, con la otra trabajó con destreza el clítoris protuberante. Le llevó un poco más de tiempo que antes, y el segundo orgasmo hizo que sus muslos temblaran con firmeza. Ella exhaló y extendió las manos hacia él.

—¡Ven! —susurró ella, sonriendo—. ¡Ven! Él se incorporó y se acostó a su lado. Ella lo besó en la frente y lo abrazó. —¡Eso fue encantador, realmente encantador! —susurró—. ¿Y te gustó? ¿No fue emocionante? ¿O... lo habías visto antes? Él no respondió y acarició sus pequeños y suaves pechos. —Solo lo hago una vez por semana —dijo ella—, pero dos o tres orgasmos seguidos. No paro hasta que el clímax es realmente bueno. Él le preguntó si siempre lo hacía sola, y ella respondió: —Sí, siempre sola. Si alguien mira, eso es solo un extra. Y no —rió—, no uso un vibrador ni nada por el estilo; ¡mi dedo funciona mejor! Luego continuó hablando libre y descaradamente sobre su antigua vida de libertinaje, como lo hacía todos los días. A

veces él tenía que reírse cuando ella entraba en gran detalle y se volvía francamente obscena. Estaba asombrado por todo lo que había experimentado y los extraños tipos de hombres con los que se había acostado. Resultaba curioso que solo empezara a permitir que los hombres la vieran masturbarse ya de adulta. Si bien de joven había dejado con gusto que artistas y estudiantes de arte la dibujaran o pintaran desnuda para ganar algo de dinero, nunca se había dejado fotografiar ni filmar desnuda.

Ella le mostró su portafolio, donde guardaba algunos dibujos y fotografías. Él silbó entre dientes. "¡Eras una chica muy guapa entonces!", exclamó con admiración, con los ojos brillantes por la humedad. Tras dudar un momento, ella le mostró el segundo portafolio, el doble de grueso que el primero. Estos contenían dibujos explícitos y pornográficos de ella teniendo sexo o sexo oral, pero muchos la representaban masturbándose o teniendo orgasmos. Muchos dibujos se centraban en el gran clítoris de Lena y en cómo se frotaba; al parecer, a los artistas les resultaba increíblemente excitante. Muchos artistas habían dibujado su rostro durante los orgasmos, muchísimos. Y estas imágenes rebosaban de sexualidad. Tom solo había visto fotos pornográficas borrosas y obscenas antes, pero estas lo enloquecieron de deseo.

Señaló unas imágenes: "Cuando dos chicas se aprietan el clítoris y tienen sexo, ambas tienen orgasmos maravillosos, ¡pero eso es difícil de dibujar!". Sacó una de las imágenes. "Mira, alguien dibujó esto; ¡solo se ven las dos hendiduras y los dos clítoris que nos estamos apretando!". Señaló un clítoris: "Ese eres tú sin duda; ¡es mucho más grande que el otro!". Ella asintió. "Me acosté con esta chica toda la noche en el estudio delante de una docena de artistas. Nos llevamos muy bien y tuvimos muchos orgasmos. Cuando una de nosotras tenía un orgasmo, la otra la sostenía y la acariciaba hasta que el orgasmo disminuía. Luego volvíamos a empezar, turnándonos para llevarnos al orgasmo. Puedes hacerlo con un poco de práctica". Se rió entre dientes. "Un artista tras otro desaparecía en el baño para aliviarse, y cada vez sonreíamos ampliamente y seguíamos. ¡Al final, todos los tíos se habían masturbado en el baño!". Se rió a carcajadas al recordar. "Después hubo una orgía increíble, ¡todos los artistas nos follaron a las dos hasta altas horas de la noche!".

Habló con franqueza sobre cómo habían surgido las fotos, a menudo relacionadas con grandes borracheras y orgías sexuales. Tom escuchaba, con una mezcla de lujuria y asombro, pues nunca había oído hablar de tales cosas. Ella le contó que sus experiencias más maravillosas habían sido con mujeres que sabían mejor lo que les gustaba a las mujeres. Las chicas follaban y lamían con mucha más intensidad que los hombres. Describió el lamido con gran detalle, porque él había visto a chicas follando con otras chicas. Mientras hablaba, jugaba con su pene, sintiendo exactamente cuándo lo necesitaba.

Sorprendentemente, ella preguntó: "¿Quieres follar?". Señaló su pene, que estaba duro como una roca y había goteado un poco mientras él miraba el porno. Cerró las carpetas y las puso en el suelo. Se agarró los labios vaginales con ambas manos y los separó varias veces, luego introdujo su dedo índice profundamente en su abertura un par de veces. Esperó su respuesta y continuó separando sus labios vaginales. "¿Alguna vez has follado antes?". Él no respondió. Estaba un poco inestable, pero asintió con un nudo en la garganta. Asintió porque quería follar con ella, pero ella entendió que él ya había follado antes, lo cual también era cierto. Ella lo atrajo hacia ella y abrió las piernas. Lo ayudó a entrar con su mano porque su abertura era diminuta y muy, muy estrecha. "Estoy terriblemente estrecha, ¿sabes?, ¡se ha vuelto más estrecha cada año!". "¡Y no he tenido sexo en meses!", dijo, jadeando mientras él la penetraba con fuerza. Ella no dijo nada más, ni siquiera qué tenía que ver eso con su vagina estrecha. Empezó a follarla con delicadeza y se corrió demasiado rápido. Se quedaron en la cama toda la semana, ya que habían terminado las clases, y follaron día tras día. Las masturbaciones manuales eran cosa del pasado. Ella le enseñó a contener la eyaculación y a llevar a las mujeres al orgasmo durante el sexo. Siempre le daba descansos, durante los cuales se masturbaba libremente y con pasión o le hablaba de su repertorio. Él la escuchaba con mucha atención, porque esa mujer sabía de lo que hablaba, y su respeto por ella creció.

Aprendió a lamer, aunque tuvo que superar su vacilación inicial. Pero ella le enseñó con esmero, porque un hombre de verdad tenía que saberlo, ¡punto! Le hacía practicar en cada descanso. Presionaba la piel alrededor de su clítoris con ambas manos para que sobresaliera. Esto le permitía acariciarlo, excitarlo y estimularlo maravillosa-

mente con sus labios y lengua. “¡Eso es!”, gritó, “¡Eso es!” cuando, después de algunos intentos, alcanzó el orgasmo mientras la lamían. Él siempre tenía una erección tremenda mientras la lamían y se le permitía follarla inmediatamente. Ella siempre se masturbaba mientras la follaban y solía alcanzar el orgasmo antes de que él eyaculara. Pero ella continuó; para ella, la masturbación era simplemente parte del sexo. Siempre lo había hecho así desde su juventud, dijo, masturbándose vigorosamente durante el sexo hasta alcanzar el orgasmo, solo que nunca dejaba que los hombres la vieran. Solo había empezado a dejar que la vieran en los últimos años. Era algo muy íntimo abrir bien las piernas y masturbarse delante de un espectador. Al principio, le resultaba difícil y tenía que parar demasiado pronto, sin llegar al orgasmo. Solo después de un tiempo aprendió a relajarse y a masturbarse hasta el orgasmo mientras alguien la observaba.

Al final de la semana, sus padres regresaron. “No he tenido tantos orgasmos en meses”, dijo la abuela Lena, radiante, mientras él se despedía y le daba un beso en la frente. Durante el año escolar, Tom la visitaba cada dos semanas, se acostaba con ella y lo pasaban de maravilla. Así fue como conoció a Ayla, la mejor amiga de Lena. Tom quiso irse de inmediato cuando Lena abrió la puerta desnuda y encontró a una mujer desnuda en su cama, pero Lena hizo un gesto con la mano enérgicamente, diciéndole que se quedara y se acostara con ellas, ¡maldita sea, eso es! Ayla era una lesbiana convencida, dijo Lena, afirmando que nunca se había acostado con un hombre. Era una musulmana devota y estaba casada con un magnate petrolero saudí fabulosamente rico como su tercera esposa. La mujer, de poco menos de 40 años, era delgada y un poco rellenita, con un rostro muy bonito y pechos grandes, redondos y firmes como los de su madre. La presentación fue breve e incómoda, pues él permanecía inmóvil vestido frente a la cama mientras las dos mujeres estaban completamente desnudas. Tom se alegró de que ella no tuviera un trasero enorme y gordo como el de las mujeres africanas de las que había oído rumores. Su zona púbica estaba completamente depilada, y él la miró con curiosidad. Ella sonrió y se acarició el clítoris con una sonrisa al notar su mirada. ¡Él dio un respingo cuando Lena lo empujó para que finalmente se desnudara! Los tres estaban acurrucados en un espacio muy pequeño; realmente era una cama pequeña. Lena rió a carcajadas cuando él se desnudó y escondió su pene erecto detrás de ella. Él

tembló cuando sus cuerpos desnudos y los de Ayla se tocaron. Ella olía de maravilla, notó; su piel era suave como el terciopelo, y sus hermosos ojos almendrados lo cautivaron. Lena atrajo la cabeza de Ayla entre sus piernas y presionó sus labios contra sus labios vaginales. ¡Lena quería que la lamieran de nuevo, ahora mismo, inmediatamente! Observó con curiosidad cómo ella lamía a Lena, ya que aparentemente la había interrumpido antes en medio de ello. Tom estaba prácticamente estallando de excitación, la lamida era tan excitante. Lena acarició su cabello despeinado y agarró su pene. "¡En un minuto, en un minuto puedes follarme!" susurró, aún anticipando ansiosamente su orgasmo. Lena preguntó abruptamente si podía follarla de inmediato, y Ayla susurró: "¡Sí, por supuesto, está bien!" Incluso antes del intenso orgasmo de Lena, se le permitió follarla inmediatamente. Se arrodilló vacilante entre las piernas de Lena y miró con una mirada herida a los hermosos ojos almendrados de Ayla. Ella sonrió dulcemente y sin vergüenza agarró su pene para guiarlo hacia adentro. "No entra", susurró desesperadamente, "¡es demasiado grueso!" Lena le gruñó que simplemente lo empujara hacia adentro, ¡eso es! Con su otra mano, Ayla ensanchó la abertura, empujando y apretando la cabeza de su pene en el estrecho agujero. Decidida, agarró el resto de su polla y jadeó porque era realmente difícil de insertar. Él sonrió orgulloso, su mirada parecía un gesto de aprecio hacia su polla. Empezó a follar lentamente, y el dedo de Ayla se deslizó hacia el clítoris de Lena. Ella masturbó a Lena con su dedo mientras él la follaba hasta que Lena se corrió con un fuerte "¡Eso es!". Ayla se tumbó junto a ellos en la pequeña cama, acurrucando su cuerpo contra el de Lena mientras él follaba y follaba y follaba. Al final, las sostuvo a ambas suavemente en un abrazo, una rodilla entre los muslos de Ayla, su rodilla empujando contra la entrepierna de Ayla al ritmo de cada embestida. Para él, parecía como si las estuviera follando a las dos.

Ayla había colocado un brazo bajo el cuello de Lena y la otra mano sobre sus genitales. La idea del sexo la excitaba y a la vez le repelía, pero tras una larga y tímida mirada a Tom, se masturbó. Él permaneció dentro de Lena después de eyacular y observó junto a ella cómo la hermosa mujer árabe se acercaba gradualmente al orgasmo, culminando en un clímax poderoso y estremecedor. Era solo la tercera mu-

jer a la que Tom había permitido ver masturbarse, pero todas se masturbaban prácticamente de la misma manera.

La abuela la llamaba a menudo cuando esperaba a Tom, porque le gustaban los tríos. Insistió en que Ayla le mostrara exactamente cómo lamía. Ayla le mostró que el gran clítoris de Lena solo era parcialmente visible. Se extendía invisiblemente profundo bajo su hendidura, hasta sus genitales. Ayla tomó su dedo y dejó que sintiera toda la longitud del clítoris de Lena en lo profundo de su hendidura. Luego demostró que comenzaba con su lengua en la parte inferior y lamía toda la longitud del clítoris desde la base hasta el glande. No lamía lentamente, sino con firmeza, y solo hacia el final la punta de su lengua vibraba sobre el glande, hasta que Lena se retorcía de placer y su cuerpo inferior se convulsionaba violentamente en el orgasmo. Durante el orgasmo, rodeaba el clítoris con sus labios y lo acariciaba con la punta de su lengua. Él había presionado su rostro contra la mejilla de Ayla y observaba la lamida de cerca. Su erección descansaba sobre las nalgas de Ayla; verla lo excitaba, y eyaculó dentro de ella. Ayla se giró y sonrió, susurrando que no le importaba. Al principio le bastó, pero luego ya no.

La siguiente vez que Ayla comenzó a lamer a Lena, él se agachó detrás del trasero de Ayla y empujó su pene con fuerza bajo sus nalgas hasta que estuvo entre sus labios y dentro de su vagina, tan profundo como pudo llegar. Ella protestó la primera vez e inmediatamente lo empujó hacia afuera. Le hizo jurar que no la follaría. Aún no estaba segura y miró a Lena. “Un juramento es un juramento”, dijo Lena, “¡no te follará, lo juró!”. Ayla lo pensó por un largo rato. Luego lo dejó, creyendo que realmente no la follaría. Le ofreció su trasero de nuevo y separó sus labios. Él penetró lentamente su vagina, permaneciendo dentro como prometió, y se acostó boca arriba, mejilla con mejilla. Su vagina no era tan estrecha como la de Lena; estaba húmeda y era muy excitante. Él eyaculó casi al instante y se detuvo como prometió, luego eyaculó de nuevo mientras ella lamía a Lena. La segunda vez, bajó la mano, separó sus labios vaginales y lo guió hacia adentro con la mano, confiando en que él no tendría relaciones sexuales con ella como le había prometido. Se abrió y se relajó para que él pudiera penetrar profundamente. Él eyaculó inmediatamente después de la penetración, apoyó su rostro contra su mejilla y

observó atentamente cómo ella lamía a Lena, aprendiendo el nuevo arte de lamer. Cada vez que eyaculaba durante minutos sin coito mientras ella lamía a Lena hasta el orgasmo, eyaculaba dentro de la vagina de Ayla sin empujar. Sin empujar, eyaculaba chorro tras chorro; ella sonreía orgullosa, y parecía estar bien con ella. Le encantaba eyacular inmediatamente después de la penetración y luego observar inmóvil cómo Ayla lamía el clítoris de Lena, y luego, con la segunda eyaculación, eyacular durante un largo rato, chorro tras chorro, en ráfagas cortas. Solo en raras ocasiones tenía que frotar su pene breve y firmemente para eyacular. Esto no le molestaba en absoluto. Ella siempre, con paciencia y mansedumbre, le permitía eyacular dentro de su vagina y terminar.

Cuando Tom follaba con Lena, sus dedos jugaban dentro de los genitales de Ayla. Tenía la piel morena clara, solo sus pezones y la piel de su vulva eran casi negros. Siempre se depilaba por completo, y Tom a menudo examinaba sus genitales de cerca; a ella no le importaba. Tenía labios mayores gruesos, un clítoris mucho más pequeño que el de Lena y, por supuesto, no tenía himen. Lo había perdido en la infancia; no dijo nada más. Cuando él le abría la vulva, podía ver en lo profundo. Ella sonreía con lujuria cuando él exploraba sus genitales con el tacto o le frotaba brevemente el clítoris; eso le gustaba mucho.

Una vez, mientras los tres se acurrucaban juntos, recuperándose de sus orgasmos, Ayla jugaba con sus labios vaginales y susurró que ese era el único método sexual que le permitía a su marido, ya que era lesbiana, nunca había sido penetrada y nunca se había permitido ser penetrada. Su marido aún era muy joven y quería tener relaciones sexuales al menos una vez al día. Le encantaba que todas sus esposas estuvieran presentes durante el acto. Las otras dos eran más jóvenes que él, de buenas familias saudíes como la suya, muy hermosas y se habían casado vírgenes. Naturalmente, ambas tenían mucha experiencia en la masturbación, como muchas otras vírgenes en Arabia. Cuando él penetraba a una de sus esposas más jóvenes, era tarea de Ayla acostarse entre las piernas de la pareja y llevar a la mujer al orgasmo con su dedo tan a menudo como fuera posible durante el acto; así era como él siempre lo quería. Cuando las esposas menstruaban, y por lo tanto eran consideradas impuras en su cultura, Ayla te-

nía que hacerse cargo, ya que era infértil y no menstruaba. Se acostaba boca abajo y ofrecía voluntariamente sus nalgas a su marido. Una o ambas de sus otras esposas yacían boca arriba justo delante de ella, obligadas a masturbarse. Ella nunca lo miraba por encima del hombro, sino que se concentraba en las esposas que se masturbaban, quienes, justo delante de su cara, se masturbaban con gran devoción y lujuria hasta alcanzar el orgasmo. Ella sentía cómo él introducía su pene entre sus nalgas y se masturbaba rápidamente con la mano. A menudo se excitaba demasiado y eyaculaba en su hendidura. Otras veces, se detenía justo antes de eyacular y penetraba su vagina. Se le permitía penetrarla completamente por detrás y no se le permitía moverse, no tener relaciones sexuales. No pocas veces, eyaculaba dentro de su vagina unos instantes después de la penetración, pero como máximo cuando una o ambas esposas alcanzaban el orgasmo. Si no podía eyacular dentro de Ayla, tenía relaciones sexuales con una de las otras dos, aunque por lo general ya se habían masturbado hasta el orgasmo y les quedaba poca pasión para el coito. Ella lo había visto mil veces de cerca: su pene penetrando su vagina y follándola. Le fascinaba cómo su vagina se ensanchaba al penetrarla y se contraía al retirarla. Al eyacular, sus testículos se movían en su escroto, lo que le resultaba muy extraño. También le parecía extraño el pulso de su gruesa uretra al introducir su semen en su vagina. La vagina de la esposa se contraía cuando él eyaculaba con impaciencia y dominación. Las esposas actuaban muy excitadas y lo engañaban, fingiendo tener un orgasmo al eyacular. Solo en raras ocasiones se masturbaba a escondidas, cuando tenía que verlo follar y se excitaba. La mayoría de las veces, extendía las manos y acariciaba la parte interna de los muslos de la mujer que estaba siendo penetrada, hasta sus labios vaginales, lo que la excitaba enormemente. Cuando el amo estaba a punto de llegar al clímax, sus dedos encontraban su clítoris y lo frotaban rápidamente hasta el orgasmo; era muy buena en eso. Las esposas lo disfrutaban mucho, ya que estos orgasmos eran muy fuertes e intensos. Respondió a la pregunta de Lena diciendo que lo hacía a diario con las otras dos esposas, ya fuera a solas o las tres juntas. Aunque no eran lesbianas, disfrutaban mucho haciendo el amor con ella. Claro que, a espaldas de sus maridos. En definitiva, las tres mujeres amaban a su amo, y él también las amaba. Hasta el momento, nunca había habido infidelidad.

Tom notó que Ayla le estaba dejando disfrutar del final. Ella guardó silencio y se cubrió los pechos con ambas manos para excitarse, ya que Lena se había quedado dormida. Él le agarró el clítoris, que se había puesto duro como una piedra, y la llevó suavemente al orgasmo. Ayla exhaló y suspiró mientras él seguía frotándole el clítoris con la suavidad de una pluma. ¡Sí, lo necesitaba de nuevo! Suspiró feliz y comenzó a frotarse los pezones con ternura otra vez. Tom le preguntó cómo iban las cosas con su marido. Ayla suspiró profundamente una vez más y continuó su historia.

Tariq tenía solo 22 años y se había casado con ella porque, en primer lugar, había estudiado economía en Inglaterra, lo cual era beneficioso para su negocio. Había venido a Cambridge a estudiar y supo de inmediato que tenía que tener a esa profesora asistente. Y en segundo lugar, porque se parecía muchísimo a su madre, Numa. Su madre fue su primera y, durante muchos años, única pareja sexual hasta que se casó. Ella le había enseñado a hacer el amor cuando cumplió 12 años y fue considerado un hombre. Antes de eso, ella o un esclavo le hacían una felación cada vez que tenía una erección. Y muy a menudo tenía una erección cuando el esclavo lamía a su madre. Durante ocho años, ella le enseñó todo sobre sexo y ella misma experimentó una gran lujuria y placer durante el sexo con su único hijo, nacido tardíamente. Su padre había muerto en un accidente de helicóptero cuando él era todavía un niño pequeño, y ella dirigió el negocio con gran habilidad. Numa fue extremadamente activa sexualmente durante toda su vida, pero era muy cuidadosa al elegir a sus parejas sexuales; nunca se acostó con nadie que no viviera en su palacio. Algunos sirvientes, o mejor dicho, esclavos, eran excelentes en la cama, y sus jóvenes esclavas debían ser buenas practicando sexo oral; estos eran requisitos esenciales. Numa había aprendido a masturbarse de las esclavas desde muy pequeña; a los seis años ya era una masturbadora compulsiva, dedicando muchas horas a la masturbación durante su infancia, masturbándose más de una docena de veces al día. Se sentía muy ofendida porque nunca se le permitía tener relaciones sexuales con los apuestos esclavos. Cuando tenía nueve años, atrajo a un hermoso muchacho a su habitación. Se tumbaron desnudos en su cama y exploraron sus genitales. El esclavo tuvo que masturbarse, y luego ella también. En algún momento, él se tumbó entre sus muslos, pero solo se atrevió a penetrar sus labios vaginales. Ella

sonrió orgullosa cuando él eyaculó dentro de ella. Solo después de mucho tiempo fueron descubiertos, y el esclavo recibió una buena paliza. También le enseñaron la importancia de la virginidad para el matrimonio. El hecho de que la esclava fuera ejecutada si su himen resultaba dañado la aterrorizaba. Sin embargo, suspiró aliviada, porque su madre ahora la examinaba mensualmente para comprobar si su himen estaba intacto. Por supuesto, seguía seduciendo a chicos a quienes se les permitía follar entre sus labios y eyacular dentro, pero nunca más la atraparon. La abertura de su himen pronto creció tanto como la puerta de un granero y permitía que penes pequeños pasaran fácilmente. Encontraba el sexo placentero y dejaba que un hombre con un pene pequeño la follara todos los días. Su madre sospechaba un poco, ya que la abertura del himen de Numa seguía creciendo. A las esclavas negras se les permitía lamerla hasta el orgasmo todas las noches; su madre, profundamente religiosa, la animaba a hacerlo, lo cual era aceptable, ya que todos lo hacían. A los 17 años, se casó con Farid, y todos la elogiaron por entrar al matrimonio siendo virgen. Farid confirmó que había sangrado, aunque ella le había dicho la verdad, sonrojándose. Que ya había tenido sexo extensamente sin romperse el himen. Ella le contó a Farid que se masturbaba extensamente desde la infancia y que, por instrucción de su madre, se hacía lamer hasta el orgasmo todas las noches antes de dormirse. Farid escuchó su relato detallado y honesto de todo y sonrió en los momentos oportunos. Ella le contó absolutamente todo, y él le relató sus experiencias, usando un lenguaje obsceno. Sus ojos se abrieron de par en par y jugueteó con sus dedos bajo su falda. Él le levantó la falda por primera vez, y ella lo dejó mirar. Él le sonrió dulcemente después de que ella terminó de masturbarse: “¡Eres exactamente la chica que necesito desesperadamente!”. Ese día decidieron casarse de inmediato. Él, al igual que ella, era un príncipe rico del extenso clan saudí y le permitió la libertad de que un esclavo la lamiera hasta el orgasmo después de sus relaciones conyugales diarias antes de dormirse. Ese fue su acuerdo. Durante las primeras semanas, Farid permaneció como un mero espectador, pero pronto se recostó en la cama y manoseó a la chica que lo estaba lamiendo. Él le dio a cada chica más orgasmos cada noche que los que ella le dio a Numa mientras la lamía. Sintió que su lujuria aumentaba cuando la chica terminó de lamerlo y quedó exhausta por sus propios orgasmos. Montó a cada una por detrás y la folló sin piedad hasta que perdió la erección. Nu-

ma los observaba con indolencia mientras follaban y se sentía muy orgullosa de su potente marido, que follaba a las chicas sin piedad, a menudo hasta que perdían el conocimiento.

Ayla se llevó las manos a los pechos y los excitó mientras Tom la hacía llegar al orgasmo y seguía acariciando el clítoris de Ayla hasta que ella volvió a tocarlo con el dedo y tomó el control. ¡Lo necesitaba otra vez, maldita sea! Lena despertó durante su orgasmo, tocó los pechos de Ayla, quien suspiró de nuevo y continuó su relato.

Farid, al igual que Numa, fue criado por una madre estricta y profundamente religiosa. Su padre vivía en Londres la mayor parte del año, y cuando volvía a casa por unos días, mantenía relaciones sexuales con su madre durante la siesta y también por la noche. Ambas madres pertenecían al extenso clan saudí, pero la madre de Farid era muy simple. Su considerable riqueza fue la razón de su matrimonio. Nunca engañó a su marido, ni siquiera con los viriles esclavos negros, aunque esto no se consideraba infidelidad. A la madre de Farid nunca se le ocurrió tener relaciones sexuales con su hijo. Hasta que cumplió diez años, ella y Farid dormían desnudos uno al lado del otro; era la costumbre, y antes de que él pudiera eyacular, el niño jugaba con su pene mientras ella se masturbaba. Al llegar al orgasmo, ella liberaba su clítoris e introducía dos dedos en su vagina. Se penetraba con fuerza durante medio minuto y luego volvía a masturbarse.

La ingenua madre se masturbaba varias veces cada noche y creyó durante mucho tiempo que podría ocultárselo. El chico se presionó contra ella con su pene erecto, lo frotó y eyaculó rápidamente sobre sus nalgas. Ella levantó las caderas y separó las nalgas con ambas manos, ofreciéndole voluntariamente su ano. El chico contempló su gran agujero, debajo del cual se encontraban sus enormes nalgas y en el centro su pequeño ano. Ella señaló su ano con un dedo. Podía eyacular allí si quería, murmuró, si se frotaba el pene con saliva. Ella lo ayudó a penetrarla. Estaba bastante contenta con el sexo anal, porque no le molestaba mientras se masturbaba, y él se encargaba de su propia eyaculación.

Durante días se sintió insegura porque ya no podía ocultar su masturbación. Pero eso solo estaba en su cabeza, porque el chico ya

se había dado cuenta. La penetró con fuerza por debajo de la vulva después de haberle permitido penetrar su enorme trasero, eyaculando una y otra vez. A ella no le importaba si él se corría una o varias veces, porque tenía que seguir masturbándose mucho después de que él hubiera terminado. El chico se recostó sobre sus gruesos muslos y eyaculó en su ano una y otra vez hasta que, después de un año, eso ya no le bastó. Mientras eyaculaba, presionaba su pene contra sus labios vaginales, y ella, con placer, frotaba su semen sobre su clítoris.

Se volvió más atrevido y la penetró desde abajo. El simplón gruñó la primera vez porque estaba cometiendo un pecado, pero ella no conocía ningún pasaje del Corán que lo prohibiera explícitamente. Lo dejó follarla y eyacular durante un rato hasta que terminó. Hubiera preferido el sexo anal, porque eso no era pecado, susurró, pero le prohibió vehementemente que la follara vaginalmente. Él obedeció arrepentido durante muchos días y solo la folló por el ano. También la folló por el ano al mediodía durante la siesta, lo que al principio no le gustó mucho, porque solía dormir durante la siesta. Colocó las nalgas de la mujer dormida sobre su espalda y la penetró por el ano. Al principio, ella gruñó enfadada, pero aun así lo dejó eyacular dentro de ella tantas veces como quisiera. Después estaba tan excitada que siempre se masturbaba hasta el final de la siesta. Después de su último orgasmo, abrió completamente el ano y se metió los dedos durante un rato. Ella lo alabó, levantó las piernas en alto y separó las nalgas con las manos para que él pudiera penetrarla fácilmente por el ano. Él quedó muy satisfecho, ya que podía eyacular en su ano tantas veces como quisiera cada tarde y noche. Y disfrutaba del acto perverso de sentarse entre sus muslos después de eyacular, levantar sus grandes nalgas con las manos, separarlas y observar cómo su semen salía a chorros de su ano durante sus orgasmos.

Durante mucho tiempo, le encantó el sexo anal, que ella le concedía de buena gana. Cuando el chico quería estar presente en el encuentro secreto de los esclavos y esclavas, tenía que jurar que no se lo contaría a su ama, su madre. Tenían estrictamente prohibido tener relaciones sexuales entre ellos, pero él estaba creciendo y sentía curiosidad por todo lo relacionado con el sexo. Así que a veces lo toleraban y le dejaban mirar. Pero no se le permitía tener sexo con ninguno

de ellos, ya que la ama lo había prohibido estrictamente y no querían ser azotados, pues la ama no era indulgente con ese castigo. Pero las sirvientas se rieron de él a carcajadas, diciendo que el sexo anal era solo una solución provisional y no tan real como el sexo vaginal. Eso fue muy molesto y vergonzoso; fue el fin del sexo anal. Esperó hasta la noche, cuando ella separó sus nalgas y le ofreció su ano. Miró con avidez la abertura vaginal y el pequeño orificio mientras se frotaba el pene con saliva. Penetró la vagina de la mujer gorda para follarla, obstinadamente y con obstinación, ignorando sus gemidos. Ella suspiró y refunfuñó ingenuamente, pues hacía mucho que no tenía relaciones sexuales, y el pene dentro de su vagina intensificó las sensaciones de la masturbación. Lo aceptó y fingió que no estaba sucediendo.

Ella solo dejó de masturbarse cuando él eyaculó dentro de ella por segunda o tercera vez. Ella lo agarró y le sacó el pene. Como siempre, tenía una erección húmeda y firme. Llamó a un esclavo para que le hiciera unas cuantas masturbaciones para que llegara al orgasmo. Podría haberlo hecho ella misma, ya que era algo común y aceptado en su cultura, pero nunca hacía masturbaciones. Durante años, en su juventud, se vio obligada a masturbar a su anciano abuelo todos los días, y a menudo tardaba más de una hora en llevarlo al orgasmo. Tenía que sentarse desnuda sobre él, abrir las piernas y masturbarse durante un buen rato; de lo contrario, él no podía tener una erección. Solo entonces podía masturbarlo. Aunque su abuelo deseaba desesperadamente tener relaciones sexuales con ella, ella se negaba para poder casarse virgen. Por supuesto, a su abuelo se le permitía tener relaciones sexuales con ella y eyacular dentro de su vagina infantil entre sus labios —ella lo disfrutaba mucho—, pero la mayoría de las veces, tenía que masturbarlo. Tras su muerte, juró no volver a hacerlo jamás.

Encendió la luz para la masturbación para poder controlar lo que la niña le hacía a su hijo; era el deber de una madre. La esclava conocía el procedimiento y se quitó el camisón al entrar. La madre se sentó desnuda con las piernas cruzadas al otro extremo de la cama y observó con ojos brillantes cómo la niña presionaba y frotaba al niño contra sus pechos. El niño tocó los genitales de la niña sonriente fuera de la vista de su madre. Los dedos de la madre jugaron con sus

propios pezones, lo que la excitó de nuevo. Se colocó una tela sobre los muslos para cubrir castamente sus genitales. Se sentó ingenuamente con las piernas cruzadas mientras el pequeño Farid, que había estado sentado sobre los muslos de la niña y dejando que ella lo masturbara, se hundió en la cama, puso la cabeza entre sus muslos bajo la tela y miró fijamente su vagina y su clítoris erecto. ¡Qué caliente era eso! Todavía estaba muy excitada por la masturbación e inmediatamente comenzó a jugar con su clítoris mientras la esclava se masturbaba lentamente. La esclava, por supuesto, también podía verla masturbándose.

La madre gruñó bruscamente cuando la esclava le preguntó en voz baja si debía hacerlo más tarde. No pudo contener su orgasmo y estaba completamente segura de que su hijo no se daría cuenta. Pronto reanudó la masturbación después de su orgasmo, y esto continuó durante un buen rato hasta que el niño dejó de tener una erección. Entonces la esclava se acercó, la recostó boca arriba y retiró su dedo de su clítoris. La sirvienta le dio golpecitos en la parte interna de los muslos para que abriera bien las piernas y luego la complació, dejándola llegar al orgasmo con benevolencia hasta que quedó completamente exhausta. Finalmente, la penetró con los dedos con tanta fuerza que la cansada ama se retorció en el aire con sus piernas regordetas, pataleando y gorgoteando mientras llegaba al orgasmo. La madre siempre se avergonzaba profundamente de haber permitido que la esclava la masturbara de nuevo, igual que ayer, anteayer y todas las noches. La esclava se levantó, se cubrió la cabeza con las manos y la besó respetuosamente en la coronilla, como era costumbre. El niño entonces se giró para que su madre sintiera que no había visto nada. A Farid le resultaba increíblemente excitante verla masturbarse y, sobre todo, ser masturbado. Al día siguiente, siempre le daba una moneda a la esclava para que se quitara la tela y acostara a su madre boca arriba con las piernas abiertas, para que él pudiera penetrarla con firmeza con dos dedos. El pequeño estratega había ideado este excitante extra cuando solo tenía siete u ocho años, y las chicas sonreían y le seguían el juego; la ama no era particularmente lista y nunca se enteró. Su madre le daba la moneda todos los días para que pudiera agradecerle a la chica por las masturbaciones; ¡eso era lo correcto!

A los 10 años, como se recomendaba, le dieron su propia habitación, donde una o dos esclavas dormían a su lado. Todas dormían desnudas, como era costumbre entre los patricios. Su madre les había prohibido, bajo pena de severo castigo, que tuvieran relaciones sexuales antes de cumplir los 12 años. "¡Masturbación manual, si es necesario, nada más!", era la orden clara. Las esclavas temían a su madre y le practicaban sexo oral al niño cada vez que tenía una erección durante el día. Su madre, por supuesto, las vigilaba sigilosamente durante el día para comprobar que realmente solo le practicaban sexo oral. Todos los días al mediodía, durante la siesta, se escabullía a la habitación de su madre, la desvestía y persuadía a la ingenua mujer para que se masturbara, para luego poder follarla placenteramente mientras ella se masturbaba durante horas. Ella engordaba cada vez más, pero a él le resultaba excitante desvestir a la reacia mujer y follarla mientras se masturbaba. Su cuerpo gordo se tambaleaba y se sacudía mientras se masturbaba, lo que lo excitaba intensamente. A ella le encantaba masturbarse y lo hacía hasta el final de su siesta. Él follaba y eyaculaba dentro de la vagina de la chica gorda con placer, tan a menudo como quería, durante las dos horas hasta el final de la siesta. Por las noches, Farid se aferraba a las hermosas chicas desnudas y frotaba con placer y excitación su erección en la hendidura de la chica a la que sostenía por detrás. La otra chica se acurrucaba junto al chico por detrás y sostenía su pene firmemente para que pudiera eyacular dentro de ella, aunque su madre observaba, frunciendo el ceño. Durante semanas frotó su pene en sus hendiduras y eyaculó tan a menudo que ya no salió nada más.

Sus compañeras de cama, sonriendo, por supuesto, le mostraron sus genitales, explicándole todo con detalle, especialmente el clítoris. Naturalmente, él quiso verlo de inmediato, así que le mostraron cómo se frotaban mutuamente hasta el orgasmo. Le excitó este tipo de masturbación y tuvo una erección poderosa con solo mirar. Una chica se masturbó de nuevo, otra le hizo una paja y le dejó eyacular dentro de ella. Y así continuó una y otra vez; el joven, a pesar de la prohibición, se acostó con varias chicas negras. Se acostó con sus dos o tres compañeras de cama negras durante los siguientes 11 años, hasta que a los 21 se casó con Numa y, con su fortuna conjunta, se hizo cargo del lucrativo negocio petrolero.

Ayla alcanzó el orgasmo más rápidamente ahora, mientras Lena le estimulaba los pechos y los pezones. Tom la provocó suavemente y continuó frotándola con delicadeza hasta que Ayla suspiró y siguió hablando.

Durante años, hasta que Tariq finalmente cumplió 12, Numa le hacía masturbaciones tan a menudo como él lo necesitaba. Desde la muerte de su esposo, ambos dormían desnudos en su cama. Él observaba a la esclava lamiéndolo con gran curiosidad y tenía erecciones increíblemente fuertes. Una segunda esclava tenía que encargarse de sus masturbaciones y dejar que eyaculara dentro de la chica que lo lamía por detrás. Él eyaculaba dentro de la chica tan a menudo como podía. Cuando las chicas se iban, se le permitía acostarse encima de Numa, y ella le explicaba muy pronto, con gran detalle, cómo hombres y mujeres tenían sexo. Se le permitía introducir su pene, pero no tener sexo con ella. Ella reía y arrullaba mientras el chico exploraba y eyaculaba dentro, pero no se le permitía tener sexo con ella propiamente dicho hasta que cumpliera 12 años. Pronto rechazó las masturbaciones y echó a la esclava. Introdujo su erección en la vagina de la chica que lo estaba lamiendo, debajo de su trasero. Se acostó con la chica como Numa le había explicado el día anterior, eyaculando dentro de ella a su antojo. Numa estaba demasiado absorta en sus propios orgasmos como para detenerlo de inmediato. Pero después, mientras yacía sobre su cuerpo inerte, retorciéndose y eyaculando dentro de ella, ella le advirtió que no debía acostarse con la chica; su semen inmaduro corrompería a la joven. Él solo lo entendió parcialmente, pero ya no se acostó con la indefensa chica. Por supuesto, seguía introduciendo su pene en ella, pero permanecía pasivo. Guardaba su semen para Numa, excepto en las pocas ocasiones en que la chica movía el trasero de forma tan seductora mientras lo lamía que él eyaculaba dentro de ella de todos modos. Numa elogiaba su obediencia a sus instrucciones y le permitía bailar, retorcerse y masturbarse sobre su cuerpo exhausto cada noche después de que ella lo hubiera lamido. Al pobre muchacho se le permitía eyacular dentro de ella tan a menudo como quisiera. Ella sonrió amablemente y le acarició la cabeza después de que él eyaculara. No le permitió follarla, en parte porque ya estaba demasiado cansada, pero le permitió eyacular dentro de ella tantas veces como quisiera. Finalmente, tuvo que parar; ella apagó la luz y él se durmió en su suave y amoroso abrazo.

Numa pasó esos años en un frenesí sexual. Continuó hábilmente dirigiendo el negocio y se dejó follar hasta la locura por sus musculosos esclavos africanos en cada oportunidad. Era común que la follaran media docena de veces al día. Solo a veces tenía un orgasmo mientras la follaban, pero siempre cuando la lamían. Su conservador marido nunca había comprendido muy bien sus orgías sexuales, y después de su muerte, ella recuperó el tiempo perdido. Era lo suficientemente joven como para follarla media docena de veces al día y para lamerla hasta uno o dos orgasmos cada noche. Cuando envejeció y enfermó, su hijo tuvo que practicar con todas sus jóvenes esclavas mientras ella los observaba y una de ellas la lamía. Ayla sabía bastante de psicología e intentó parecerse lo más posible a su difunta suegra, por él. Lo llamaba hijo, no esposo ni amo, como era costumbre.

Ayla dejó escapar un leve gemido, pues Lena le había provocado un orgasmo tan intenso que su abdomen inferior, y todo su cuerpo, se estremecieron con violentos calambres. Sujetó los dedos de Lena con las manos y se agachó. El orgasmo había sido abrumador e increíblemente poderoso; necesitaba un respiro.

Una vez, Lena y Ayla estaban bastante borrachas, celebrando un aniversario y emborrachándose cada vez más; él solo bebía limonada, por supuesto. Ayla estaba tumbada boca arriba sobre el estómago de Lena, con las piernas abiertas y relajadas, masturbándose y jugando con su clítoris. De alguna manera, debió de ocurrir que él estaba arrodillado entre los muslos abiertos de Ayla justo cuando ella estaba a punto de tener un orgasmo. Rápidamente penetró a la hermosa mujer árabe y comenzó a follarla con fuerza. Lena se inclinó hacia adelante y la masturbó vigorosamente. Ayla reía a carcajadas durante sus orgasmos, riendo y riendo. Reía hasta llorar, mientras él la follaba. Pero cuando, después de un buen rato, él comenzó a embestir con mucha fuerza y a eyacular, ella se sobresaltó y, llorando, le sacó el pene con la mano. Lo sostuvo con inestabilidad y dejó que los gruesos chorros se rociaran sobre su cuerpo. Aturdida, apretó la cabeza y el tronco, exprimiendo las últimas gotas. Disgustada, lo soltó y sollozó lastimosamente. La embriaguez desapareció al instante. Lena y él consolaron a Ayla, quien pronto dejó de llorar.

Lena se esforzó por salvar la situación; las mujeres continuaron riendo y bebiendo. Él se sorprendió de la habilidad con la que Lena manipuló a su amiga, logrando finalmente que admitiera que en realidad había disfrutado mucho de ser follada. Lena hizo que Ayla bebiera apresuradamente hasta que estuvo completamente borracha y jugando frenéticamente con su clítoris. Durante este tiempo, Lena consiguió que la mujer borracha se acostara encima de ella de espaldas a Tom y dejara que la follara. Lena masturbó a Ayla mientras él la follaba, y Tom penetró cuidadosamente la vagina de la mujer completamente borracha. Ayla abrió los ojos y la boca de par en par mientras él la follaba, y realmente la folló durante mucho tiempo. Lena la masturbó hasta que jadeó y gorgoteó mientras tenía un orgasmo mucho antes que él. Se relajó después de su orgasmo, sonrió borracha y acarició sus nalgas mientras era follada. Lena continuó masturbándola vigorosamente, y Ayla se retorció en su segundo orgasmo. Él continuó follando apasionadamente hasta que, después de interminables minutos, eyaculó. Lena continuó sin inmutarse, porque Ayla ya estaba teniendo un orgasmo y su semen salía a chorros de su vagina.

Las dos mujeres bebieron y susurraron excitadas durante un buen rato en su estado de embriaguez, preguntándose cómo había sido el sexo. ¡¿Eh?! ¡¿Tres orgasmos gloriosos?! Y así fue como le permitieron tener sexo con Ayla una y otra vez. Cuando Lena ya estaba demasiado enferma para tener sexo, él solo lo tuvo con Ayla, y se turnaban para lamer a la enferma, porque lamerla aliviaba su dolor.

Más tarde, tras el funeral de Lena, el albacea de su testamento le entregó una caja sellada con las dos carpetas, su apartamento y una gran suma de dinero. Ella legó su ropa y sus joyas caras a Ayla. Él lloró amargamente mientras el digno notario leía en voz alta la renuncia de Lena a él en su testamento. Si hubiera sabido cuánto lo amaba, la habría visitado mucho más a menudo. Su padre lo ayudó y vendió el apartamento con gran habilidad. Visitó a Ayla docenas de veces más, acostándose con ella y sus esposas, hasta que ella se mudó con su familia.

Tom no le contó a nadie que había tenido relaciones sexuales con la abuela Lena y la bella Ayla.

La madre susurró con aire de complicidad que su padre la había llevado consigo todos los días de las vacaciones, a veces incluso varias veces al día. Probablemente se había masturbado hasta el orgasmo cientos de veces porque su padre insistía en vigilarla. Una vez, incluso fueron a un club de intercambio de parejas y tuvieron sexo con algunas personas, observaron a otras y se dejaron observar. Se sonrojó intensamente, porque no solía revelarle tantos secretos sexuales a Tom. Le acarició la cabeza. «¡Pero esto queda entre nosotros!», dijo enfáticamente.

Su comportamiento cambió radicalmente después de las vacaciones. Aunque no estaba en trance, se tocaba cada vez más abiertamente frente a él. Comparado con la masturbación, donde se frotaba rápida y firmemente, la estimulación con los dedos era una caricia suave y lenta de su clítoris y el área circundante. Si bien el orgasmo llegaba igual de rápido, era muy breve y poco espectacular. Se notaba principalmente en su mirada. Lo miraba con una expresión tímida, vulnerable y triste cuando tenía un orgasmo. Hasta entonces, solo le había permitido eyacular sobre su clítoris o cerca de su vulva; ahora comenzó a presionar su glande contra la abertura vaginal antes de que eyaculara, para que su semen saliera disparado hacia adentro, pero aún no le permitía penetrar completamente. Durante la segunda y tercera masturbación manual, dejó su glande dentro de su vagina porque el movimiento del glande la excitaba muy placenteramente cuando frotaba su pene firmemente. Ella a menudo le hacía una paja, le chupaba y le lamía el pene, y al final él podía eyacular en su boca o en lo profundo de su garganta. Él alternaba días de trance y sexo con días sin trance, con pajas y eyaculación oral, según le apetecía.

En trance, le contó todo sobre las vacaciones en Copenhague, desde su recién descubierta vida sexual conyugal hasta el club de swingers. Que después de ser follada, se masturbó frente a su padre, y que él la montó mientras ella aún estaba en el clímax y eyaculó mientras la follaba. ¡Dios mío, qué caliente fue eso! Que había sido follada por más de cinco hombres en el club, y que su padre también había follado a dos mujeres diferentes, ¡todo en público, delante de todos! Se había masturbado después de cada encuentro, y era increíblemente excitante hacerlo en el anonimato del club, a la vista de todos. Retor-

ciéndose en un taburete acolchado en el club, con las piernas bien abiertas, frotándose el clítoris frente a una audiencia. ¡Oh, Dios mío, esos fueron orgasmos intensos! Había visto a algunas mujeres siendo folladas por el culo, pero no le gustó nada. ¡Había dejado que una chica la lamiera hasta el orgasmo, la primera vez en su vida! El orgasmo fue increíblemente intenso y excitante, pero no se atrevió a lamer a la chica. El padre había estado observando y de inmediato se lanzó a la vagina de una mujer, a pesar de que ya había eyaculado abundantemente dentro de una joven y, de hecho, estaba bastante satisfecho. Tom le preguntó si podía lamerla, pero ella no quiso. Y él no quiso obligarla.

Esto continuó, con y sin trance, hasta que cumplió 14 años y se enamoró de Ilse.

...

Puede contactar con el autor en JackFaber@gmx.net